

EL ECO DE CARTAGENA.

Jueves 11 de Diciembre de 1879.

Las enseñas militares.

Nada más sencillo que estas en los primeros tiempos. Ramas de árboles; un haz de heno; un puñado de yerbas; la piel de un cuadrúpedo ó de un ave, rellena de paja, puestos en lo alto de una pica, tales eran las enseñas que guiaban en los combates.

Después estas insignias fueron de-
jando poco á poco su carácter gro-
tesco, y se adoptaron imágenes de
mejor gusto y más propias en el ór-
den simbólico ó representativo.

Entre los judíos, cada una de las
doce tribus de Israel tenía la suya
del color que le era propio, y sobre
las cuales se veían la figura ó sím-
bolo que le era respectiva, según la
profecía de Jacob. La escritura ha-
bla del león de la tribu de Judá, de
la nave de Zabulon, de las estrellas y
del firmamento de Isacar, etc.

En las de los pueblos idólatras se
grabaron las imágenes de sus dioses.
Los egipcios eligieron el toro, el co-
codrilo y otros diversos animales;
los asirios y los babilonios la pala-
ma.

Un escudo, un casco, una coraza,
puestos en la punta de una lanza,
fueron las insignias militares de los
griegos en los tiempos heroicos. No
obstante Agamenon, según Homero,
en el sitio de Troya levantó un velo
de púrpura para que sirviera de
punto de reunión á sus ejércitos.

Algun tiempo después los atenien-
ses tomaron por divisa á Minerva
con el olivo y el mochuelo; los co-
rintios el pegaso, ó caballo alado, y
los tebanos la esfinge. Los mesenios
y los lacedemonios se limitaron á
poner en sus enseñas la letra inicial
de su nombre.

La insignia de los persas era un
aguila de oro.

Por lo general en los ejércitos an-
tiguos, para anunciar el ataque, sele-
vantaba un manto, las más veces de
color de púrpura, en lo alto de una
pica.

Las primeras insignias de los ro-
manos solo fueron un puñado de
heno, elevado en la misma forma.
A estas las reemplazaron sucesiva-
mente con las figuras de un lobo,
de un caballo, de un jabalí, del mi-
notauro; y últimamente Mario, en
el segundo año de su consulado hi-
zo arrumbar todas estas, sustituyén-
dolas con el águila, que fué desde
entonces la insignia de las legiones
con las cuales conquistaron después
al mundo. En tiempo de los empe-
radores usaron también sus ejérci-
tos una mano de plata, abierta, con
los dedos hacia arriba, que llevaban
en el remate de una pica, y servía
de guía á los *manipulos* [infantería
romana.]

En la columna Trajana se vé un
águila con un pequeño *vexillum* ó
estandarte, que consistía en un pe-
dazo de púrpura, y era la insignia
propia de la caballería. En medio
del *vexillum* solía escribirse el nom-
bre de las cohortes y de las centu-
rias, con objeto de que cada soldado
pudiera conocer sus insignias.

Al *vexillum* siguió el *labarum*, que
es lo mismo, con la diferencia de
que este estaba asegurado por su
parte inferior al mastil que lo sus-
tentaba, y aquel solo de la superior
pero el *labarum*, según todas las pro-
babilidades, no fué hasta los tiem-
pos de Constantino; por lo menos
este emperador es el que hizo colo-
car en medio de él el monograma
de Cristo en memoria del HOG SIGNO
VINCES que vió escrito en el cielo con
caracteres de luz cuando iba contra
Magencio. Antes de Constantino, el
Vexillum solo llevó las iniciales S. P.
Q. R. (*Senatus Populusque Romanus*.

Además del *Vexillum*, y del *La-
barum*, los romanos usaron también
de otras insignias que podemos lla-
mar secundarias, cuales eran un
medallón en el que iba grabada la
imagen del príncipe; las águilas de
las legiones y las manos, de que ya
hemos hablado, y los dragones con
cabeza de plata. Los encargados de
llevar estas insignias se llamaban
respectivamente *Imaginiferos* ó *In-
signiferos*, *Aquiliferos*, *Manipularios*
y *Dragonarios*.

Ya en tiempos muy posteriores te-
nemos la *Oriflama*, que era una es-
pecie de *Vexillum*, esto es: un estan-
darte cuadrado con varios cortes en
la línea inferior y adornado de fran-
jas. A los principios fué la insignia
particular del abad y monasterio de
San Dionisio de París; después la
adoptaron los reyes de Francia para
sus ejércitos. Luis el Gordo fué el
primero que tomó la *Oriflama* deso-
bre el altar de San Dionisio y la dió
á sus tropas por principal insignia;
y su uso entre los franceses siguió
hasta Carlos VI que perdió la suya
en la derrota que sufrió de los ingle-
ses en Aziucourt (1415) Desde entón-
ces ya no hubo más *Oriflamas* en
Francia.

En las embarcaciones catalanas
se llamó así también la primera de
las tres banderas que llevaban en
sus mástiles.

Estas mismas *Oriflamas* son las
que se llamaban en Italia Confalon,
y bajo las cuales se reunían las tro-
pas y los vasallos convocados para
la defensa de la Iglesia.

En España se conocían bajo el
nombre de *Pendones*, derivación de
Pannus (trapo). En las guerras de la
edad media; los ricos hombres, quan-
do venían en socorro del soberano
con sus gentes, lo hacían precedi-
dos de *pendon* ó estandarte particular
en señal de que podían levantar gen-
te; y de la *caldera*, como distintivo
de que podían también mantenerla

á sus espensas. De aquí viene el uso
del *pendon* y la *caldera* en los escu-
dos de la nobleza, privilegio que los
reyes concedían á los que podían le-
vantar y mantener soldados.

De las convocaciones del Rey á la
nobleza para que le ayudasen en la
guerra, y de los llamamientos de los
Sres. á sus vasallos, parece nació el
nombre de bandera, derivación de
ban ó *bando*, que significa publica-
ción.

La que usaron los caballeros tem-
plarios se llamaba *Balza*, y también
Bien parecida, con alusión á sus co-
lores blanco y negro.

Las españolas correspondientes á
cada pueblo ó comunidad, llevaban
pintado el santo, ó patron de su de-
voción; ó bien el del Señor feudal
junto con sus armas ó divisas.

La costumbre de pintar imágenes
sagradas en los estandartes ó ban-
deras la vemos en todas las guerras
con los infieles ó contra invasores es-
trangeros. El estandarte de damas-
co rojo que llevaba D. Juan de Aus-
tria en la batalla de Lepanto tenía
bordado en seda y plata la figura de
un guerrero á caballo con espada en
mano y la cruz de la orden de San-
tiago al pecho; debajo un escudo de
armas, con siete cuartetes, encima-
do todo con una corona real. Al dor-
so de este escudo otro igual y encima
la imagen de la Virgen, con el niño
Jesus en los brazos, bordado en se-
da y oro. En las guerras contra los
moros marchaba siempre delante de
los ejércitos el estandarte con la
imagen de la Virgen; otros tenían la
de Santiago; y por lo regular las me-
nadas la del santo patrono ó del de
su devoción.

Nuestra última guerra llamada
de la Independencia, contra la Fran-
cia, nos ofrece una reproducción de
esta piadosa costumbre. Con efecto
llevaron la imagen de la Virgen, en-
tre otras varias, la bandera del Ter-
cio Saguntino, con el lema de *viva*

FOLLETIN DEL ECO DE CARTAGENA.
DIA 11 DICIEMBRE 1879.

—3—

UNA VELADA EN EL MAR ROJO.

EPISODIOS INVEROSIMILES
POR ISIDORO MARTINEZ RIZO.

ta la cámara, en cuyo comedor nos
aguardaba la comida.

Todos los pasajeros de primera
ocupamos nuestros asientos en la
mesa que estaba presidida por el ca-
pitán.

Mister Jonh Torkey estaba frente
á mí.

En aquel hombre escuálido, rígi-
do y flemático, cuyas patillas con su
color grisáceo estaban denunciando
ocho lustros, todo era inglés de pura

raza; lo eran su porte, sus vestidos,
su tipo anglo-sajon, sus ojos, su blan-
cura y hasta los foques que ceñían
su cuello.

Los pasajeros que habían mostra-
do un vivo afán por conocer la cau-
sa de mis estrepitosas carcajadas,
suspendieron durante un corto tiem-
po su sentimiento de curiosidad, con-
sagrando una atención preferente
á su apetito: una vez satisfecho diri-
gieron sus ojos hacia mí, interrogán-
dome con sus miradas apremiantes.

No pude resistirme á aquellas
muestras de curiosidad, y halagado
por ser el blanco de ella apuré un
vaso de Burdeos, sequé mis labios
con la servilleta y echándome hacia
atrás, sobre el respaldo de la banca,
con una entonación melodramática,
empecé:

—Señoras, caballeros: sabed quan-

tos me ois que el buen mister Jonh
Torkey, (y le miré con la intencion
de un toro,) ha descornado ante mis
ojos el velo misterioso de la conquis-
ta más sublime que el hombre pue-
de hacer en el desierto.

Y suspendí un momento mi pero-
ración.

—Siga V., siga V.;—dijeron todos,
mientras mister Jonh Torkey dejó
asomar una sonrisa maliciosa con
que logró irritarme.

—Pues bien, señoras y señores,—
continué;—es el caso que tiene unos
gemelos que hacen ver en las dunas
de la costa á los valientes gallas á
guisa de correos de gabinete, cabal-
gando en ligeras avestruces.

La estrepitosa carcajada que se
dejó sentir en el salon estremeció
los paños de la cámara.

—¡Bien por los mágicos gemelos

del hijo ilustre de la Gran Bretaña
—exclamó un andaluz que era el en-
canto del pasaje con su constante
buen humor.

—¡Bravo! ¡bravísimo!—repetían
sin cesar los pasajeros.

—Que nos enseñe esos gemelos e
caballero inglés—dijo una linda se-
ñorita.

—Quiero ver á los gallas montados
sobre vípedos plumíferos;—exclamó
un niño de diez años alargando su
mano hacia el inglés que sonreía de
un modo socarrón.

—Si su aleteo no molestara,—añadió
una jamona,—de buena gana
correría la posta sobre uno de esos
pajarracos: tendrán un movimiento
delicioso.

—Pero es el caso, señora doña En-
carnación,—le dijo un comandante
que le lanzaba miradas asesinas,—